

«Me encuentro en medio de un genocidio»: e-mails solidarios desde Gaza

Rachel Corrie

Dos de nosotros, John Foster y Bob McChesney, se graduaron en el Ever State College de Olympia, Washington. Nos sumamos a nuestros amigos de Ever y a la comunidad de Olympia, así como a los activistas pacifistas de todo el mundo, en su duelo por la muerte de Rachel Corrie, alumna de Ever de veintitrés años de edad, que cursó estudios secundarios en la Capital High School de Olympia. Rachel era el corazón del Movimiento por la Justicia y la Paz de Olympia. Estudiaba ciencias del trabajo, economía política y Oriente Medio en Ever, y, a principios del año 2002, viajó hasta Gaza, en Palestina, para participar como escudo humano en una acción del Movimiento de Solidaridad Internacional (MSI). El MSI es una organización de iniciativa palestina que, a pesar de reconocer el derecho a defenderse de los palestinos de los territorios ocupados, se dedica a realizar acciones no violentas. Su propósito es avanzar en los derechos de los palestinos, y reclama la intervención internacional para poner fin a la ocupación israelí y crear una verdadera patria palestina.

Rachel fue asesinada el 16 de marzo de 2003. Fue atada por una excavadora Caterpillar D9, conducida por un israelí y fabricada en los Estados Unidos, cuando intentaba evitar la destrucción de una vivienda palestina. En el momento en que fue asesinada llevaba puesta una chaqueta de color naranja brillante y fluorescente, y le hablaba al conductor a través de un megáfono, mientras le miraba fijamente a los ojos. El conductor de la excavadora no sólo la arrolló, sino que puso la marcha atrás y vol-

-
- Artículo publicado en MR, vol. 55, nº 1, mayo de 2003, pp. 50-58. Por falta de espacio se omiten las dos últimas cartas (que pueden consultarse en la edición norteamericana de MR). Traducción de Joan Quesada. Para más información sobre Rachel Corrie y el Movimiento de Solidaridad Internacional, véase: www.palsolidarity.org y www.distanceeddesign.com/rachel.

vió a pasar sobre ella con la pala bajada, presionada contra el suelo. Hay siete testigos del asesinato, además de las fotos.

Tras el suceso, en un intento de demonización de Rachel con la intención, de ese modo, de justificar el asesinato, se publicó una fotografía suya quemando un dibujo de la bandera estadounidense. Sus padres, Craig y Cindy Corrie, respondieron con la siguiente declaración: «Dicha actuación, aunque puede que no estemos de acuerdo con ella, hay que situarla en su contexto. Rachel estaba participando en una manifestación en Gaza contra la Guerra de Irak. Estaba trabajando con unos niños que sacaron dos dibujos para quemar: uno de la bandera estadounidense y otro de la bandera israelí. Rachel dijo que era incapaz de quemar el dibujo de la bandera de Israel, con la estrella de David. No obstante, en esas circunstancias, en protesta por las iniciativas tomadas en vistas al inicio de la guerra y contra la política de su gobierno, responsable en gran parte de la devastación que ella estaba presenciando en Gaza, le pareció oportuno quemar el dibujo de la bandera estadounidense.»

Las cartas de Rachel Corrie a sus padres conforman una apasionante explicación testimonial de las atrocidades cometidas en los territorios ocupados. Constituyen una severa acusación del trato dispensado al pueblo palestino por los estados israelí y norteamericano. Por ese motivo, así como para difundir su mensaje, las imprimimos a continuación.

Rachel escribió desde Gaza: «Gran parte del tiempo, la absoluta amabilidad de la gente de aquí, junto con la sobrecogedora evidencia de la destrucción intencionada de sus vidas, hace que las cosas me parezcan irredes. Realmente, me resulta imposible creer que algo así pueda ocurrir en el mundo sin ocasionar mayores protestas.» «A nosotros, y a los movimientos pacifistas de todo el mundo, nos corresponde la tarea de dar expresión a las protestas que ella exigía.

Los editores de *Monthly Review*

(Paul M. Sweezy, Harry Magdoff, John Bellamy Foster y Robert McChesney)

7 de febrero de 2003

Hola familia, amigos y demás:

Ya llevo dos semanas y una hora en Palestina y me siguen faltando palabras para describir lo que estoy viendo. Me resulta difícilísimo pensar en lo que está pasando aquí cuando me siento a escribir a los Estados Unidos. Quizás tenga algo que ver con este portal virtual de entrada al lujo. No sé si muchos de los niños de aquí han vivido alguna vez sin agujeros de balas de tanque en las paredes y sin las torres de vigilancia de un ejército de ocupación que los inspecciona constantemente desde un horizonte que está bien cercano. Creo, aunque no estoy segura, que hasta los más pequeños de estos niños entienden que la vida no es así en todas partes. Dos días antes de llegar yo, un tanque israelí abrió fuego contra un niño de ocho años y lo mató, y

muchos de los niños me susurran su nombre —Ali— o me señalan los pósters de él que hay en las paredes. A los niños también les encanta hacerme practicar mi árabe, tan limitado, y preguntarme «¿Kaif Sharon?», «¿Kaif Bush?». Se ríen cuando contesto «Bush majnoon», «Sharon majnoon», con mi limitado árabe. (¿Cómo está Bush?; ¿cómo está Sharon?; Bush está loco; Sharon está loco.) Por supuesto, no es exactamente lo que yo creo, y algunos adultos que hablan bien inglés me corrigen: «Bush mish majnoon» (Bush es un empresario). Hoy he intentado aprender cómo se dice «Bush es un instrumento», pero me da la impresión de que no suena muy bien cuando se traduce. En cualquier caso, hay niños de ocho años que son más conscientes del funcionamiento de la estructura global de poder de lo que lo era yo hace tan sólo unos pocos años.

No obstante, no existen lecturas, conferencias, documentales ni explicaciones de primera mano que me hubieran podido preparar para la realidad de la situación aquí. Simplemente, es imposible que te lo imagines si no lo ves. Incluso cuando lo estás viendo, no dejas de ser consciente de que lo que tú estás experimentando no es toda la realidad, porque el ejército israelí tendría problemas si matara a un ciudadano estadounidense que no va armado, porque yo tengo dinero para comprar agua cuando el ejército destruye las fuentes, porque, por supuesto, yo siempre tengo la opción de marcharme. A nadie de mi familia, en mi país, le han disparado con una lanzadora de cohetes desde una torre situada al final de una calle importante cuando iba en coche. Yo tengo un hogar. Me está permitido ir a ver el mar. Cuando voy a clase o al trabajo, puedo estar relativamente segura de que no me estará esperando un soldado fuertemente armado en un control, a medio camino entre Mud Bay y el centro de Olympia, con capacidad para decidir si puedo ocuparme de mis asuntos y si puedo volver a casa cuando haya acabado. Por cierto, y después de todas estas divagaciones: estoy en Rafah, una ciudad de unas 140.000 personas, casi el 60% de las cuales son refugiados; muchos de ellos, refugiados por segunda o tercera vez. Hoy, cuando caminaba sobre unos escombros donde antes había habido casas, unos soldados egipcios me han gritado desde el otro lado de la frontera «vete de ahí, vete de ahí», porque venía un tanque. Y, después, me han saludado con la mano y me han preguntado «¿cómo te llamas?». Su amable curiosidad me ha hecho sentir incómoda. Me ha recordado hasta qué punto, en cierta medida, todos somos niños que sienten curiosidad por los demás niños. Los niños egipcios que gritan a esas extrañas mujeres que se plantan en medio del camino de los tanques. Los niños palestinos a los cuales les disparan desde los tanques cuando asoman la nariz desde detrás de los muros para ver lo que está pasando. Los niños inter-

nacionales que se ponen delante de los tanques con pancartas. Los niños israelíes anónimos encima de los tanques que a veces gritan y a veces también saludan con la mano —muchos de ellos forzados a estar aquí, muchos simplemente agresivos— y que disparan al interior de las casas cuando nos apartamos.

Aquí tengo problemas para acceder a las noticias sobre el mundo exterior, pero he oído que la escalada hacia la guerra de Irak la hace inevitable. Aquí están muy preocupados con la «reocupación de Gaza». Gaza la reocupan cada día en diversa medida, pero creo que su temor es a que los tanques entren en todas las calles y allí se queden, en lugar de entrar en algunas calles y retirarse algunas horas o algunos días después, para observar y disparar desde el borde de las comunidades. Si la gente aún no piensa en las consecuencias de esa guerra para las personas de toda esta región, espero que al menos vosotros empecéis a hacerlo.

Todo mi amor para todo el mundo. Para mamá. Para mi cariñito. Para FG, para Barnhair, para Sesamees y para la escuela Lincoln. Para Olympia.

Rachel

20 de febrero de 2003

Mamá:

Ahora el ejército israelí ha levantado la carretera por la que se entra a Gaza y han cerrado los dos controles principales. Eso significa que los palestinos que quieren matricularse en la universidad del barrio de al lado no pueden hacerlo. La gente no puede llegar al trabajo y los que han quedado atrapados al otro lado no pueden llegar a su casa. Y los internacionales, que mañana tienen una reunión en Cisjordania, no podrán celebrarla. Probablemente podríamos conseguir hacerla si utilizáramos seriamente el privilegio de ser blancos e internacionales, pero eso implicaría, también, un cierto riesgo de que nos detengan y nos deporten, a pesar de que ninguno de nosotros ha hecho nada ilegal.

La franja de Gaza está ahora dividida en tres partes. Se habla de la «reocupación de Gaza», pero dudo seriamente que se produzca, porque creo que, ahora mismo, sería un paso estúpido para Israel en términos geopolíticos. Creo que lo más probable es que aumenten las incursiones más pequeñas, fuera del alcance del radar de las protestas internacionales, y que lleven a cabo, posiblemente, la «transferencia de población» que con frecuencia insinúan.

De momento, sigo establecida en Rafah, y no tengo planes de ir hacia el norte. Aún tengo la impresión de que estoy relativamente segura y creo que el riesgo más importante que corro en caso de una incursión de gran escala es que me detengan. Un intento de reocupar Gaza generaría muchas más protestas que la estrategia de Sharon de asesinar durante las negociaciones de paz e ir arrebatando tierras, que en estos momentos le está funcionando bien para ir creando asentamientos por todas partes y acabar, de forma lenta pero segura, con cualquier posibilidad significativa de autodeterminación para los palestinos. Sabed que tengo un montón de buenos palestinos que cuidan de mí. Tengo algo de gripe, y tengo buenas bebidas de limón para curarme. Además, la mujer que guarda la llave de la fuente en la que seguimos durmiendo no deja de preguntarme por ti. No habla nada de inglés, pero me pregunta muy a menudo por mi madre: quiere estar segura de que te voy llamando.

Todo mi amor para ti y para papá, para Sarah, para Chris y para todo el mundo.

Rachel

27 de febrero de 2003

(A su madre)

Te quiero. Te echo mucho de menos. Tengo horribles pesadillas de tanques y excavadoras fuera de nuestra casa, contigo y conmigo dentro. A veces la adrenalina me sirve de analgésico durante semanas y, después, cuando se hace de noche, me vuelve a asaltar: una pequeña fracción de la realidad de esta situación. Tengo verdadero miedo por la gente de aquí. Ayer vi cómo un padre sacaba de la casa a sus dos hijos pequeños, cogidos de la mano, y cómo estos quedaban a la vista de los tanques, de una torre de francotiradores, de las excavadoras y de los jeeps, porque creía que iban a volar su casa. Jenny y yo nos quedamos dentro de la casa con varias mujeres y dos bebés. Fue un fallo de traducción nuestro lo que les hizo creer que iban a volarles la casa. De hecho, el ejército israelí está ahora mismo intentando detonar un explosivo que había aquí cerca, en la tierra (parece ser que lo ha colocado la resistencia palestina).

Esta es la zona en la que el domingo rodearon y acorralaron a 150 hombres en el exterior del asentamiento con disparos sobre sus cabezas y a su alrededor, mientras los tanques y las excavadoras destruían 25 invernaderos que daban de vivir a 300 personas. El explosivo estaba justo delante de

los invernaderos, justo en el lugar por el que entran los tanques, que bien podría ser que volvieran otra vez. Me dio pavor pensar que el hombre creyó que era menos arriesgado salir con sus hijos a la vista de los tanques que quedarse dentro de la casa. Tuve mucho miedo de que los mataran a todos a tiros e intenté ponerme entre ellos y el tanque. Pasa cada día, pero ese padre saliendo con sus dos hijos pequeños, con la cara tan triste, resulta que me llamó más la atención en ese momento porque me daba la sensación de que había sido nuestro problema con la traducción lo que había hecho que saliera.

He pensado mucho en lo que me dijiste por teléfono sobre que la violencia palestina no contribuía a resolver la situación. Hace dos años, había sesenta mil obreros de Rafah que trabajaban en Israel. Ahora son sólo 600 los que pueden ir a trabajar a Israel. De esos 600, muchos se han mudado porque los tres controles que hay entre aquí y Ashkelon (la ciudad israelí más cercana) hacen que lo que antes era un viaje en coche de 40 minutos ahora dure 12 horas, o bien resulte imposible. Además, todo lo que Rafah identificaba en 1999 como fuentes de crecimiento económico ha quedado completamente destruido: el aeropuerto internacional de Gaza (con las rampas demolidas, totalmente cerrado), la frontera para comerciar con Egipto (donde hay ahora una enorme torre para los tiradores israelíes en medio del paso), el paso hacia el mar (completamente cortado en los dos últimos años por un control y por el asentamiento de Gush Katif). El número de casas que se han destruido en Rafah desde el principio de la intifada se eleva a casi 600; en su gran mayoría, son las casas de gente que no tiene conexión alguna con la resistencia, pero que resulta que vive junto a la frontera. Creo que quizás Rafah sea ya oficialmente el lugar más pobre del mundo. Antes aquí existía una clase media, no hace tanto tiempo. También nos llegan noticias de que, en el pasado, los envíos de flores desde Gaza a Europa se retrasaban dos semanas en el paso de Erez a causa de las inspecciones de seguridad. Te puedes imaginar cuál será el valor en el mercado europeo de unas flores que llevan dos semanas cortadas. Así pues, ese mercado se secó. Y después llegaron las excavadoras para hacer desaparecer los huertos y las granjas de verduras de la gente. ¿Qué le queda a la gente? Dime si se te ocurre algo, a mi no se me ocurre nada.

Si ahogaran la vida y el bienestar de cualquiera de nosotros; si viviéramos con nuestros hijos en un lugar cada vez más pequeño en el que supiéramos, por experiencia previa, que nos exponemos a que vengan a por nosotros los tanques y las excavadoras y nos destruyan los invernaderos que llevamos cultivando da igual cuánto tiempo, y si lo hicieran mientras a algunos de nosotros nos golpean y nos retienen cautivos con 149 personas más

durante varias horas, ¿crees que es posible que utilizáramos medios un tanto violentos para defender cualquier fragmento que siguiera en pie? Pienso en ello, sobre todo, cuando veo los huertos, los invernaderos y los frutales destruidos, después de años de cuidados y de cultivo. Pienso en ti y en el tiempo que se tarda en hacer crecer las cosas y en la cantidad de amor que requiere. Pienso realmente que, en una situación similar, la mayoría de las personas se defenderían de la mejor manera posible. Pienso que el tío Craig lo haría. Pienso que la abuela también. Pienso que yo lo haría.

Me preguntabas por la resistencia no violenta.

Cuando ayer explotó aquel explosivo, rompió todas las ventanas de la casa de la familia. Yo estaba a punto de que me sirvieran el té y jugaba con los dos bebés. Estoy pasando por una mala época. Me revuelve las tripas sentirme todo el tiempo dulcemente adorada por personas destinadas a quedar condenadas. Sé que desde los Estados Unidos todo suena hiperbólico. Sinceramente, gran parte del tiempo, la absoluta amabilidad de la gente de aquí, junto con la sobrecogedora evidencia de la destrucción intencionada de sus vidas, hace que las cosas me parezcan irreales. Realmente, me resulta imposible creer que algo así pueda ocurrir en el mundo sin ocasionar mayores protestas. Me duele de verdad, una vez más, igual que me ha dolido en el pasado, presenciar hasta qué punto podemos permitir que el mundo sea un lugar horrible. Después de hablar contigo, tuve la sensación de que no me creías del todo. Pienso que, de hecho, está bien que no lo hagas, porque, muy por encima de todo lo demás, creo en la importancia de tener un pensamiento crítico independiente. Y también me doy cuenta de que, contigo, no tengo tanto cuidado como es habitual en respaldar todas las afirmaciones que hago citando las fuentes. Gran parte del motivo es que sé que tú, de hecho, ya investigas por tu cuenta. No obstante, eso hace que me preocupe el trabajo que estoy haciendo. Toda la situación que intentaba desgranarte antes —igual que muchas otras cosas— representa la eliminación y la destrucción, de forma oculta pero igualmente masiva, de la capacidad de supervivencia de un grupo concreto de personas. Es eso lo que estoy contemplando aquí. Los asesinatos, los ataques con cohetes y los disparos a niños son atrocidades, pero, al centrarme en ellos, tengo mucho miedo de perder de vista el contexto. La enorme mayoría de la gente de aquí no puede marcharse, aunque tengan los medios económicos para huir y aunque realmente quisieran dejar la resistencia en su tierra y largarse (y parece que este es, tal vez, el menos nefasto de todos los objetivos de Sharon). Porque ni siquiera pueden entrar a Israel a pedir los visados y porque los países de destino (tanto en el caso del nuestro como en el de los países árabes) no los admitirían. Así pues, creo que, cuando se le cortan todos los medios de sub-

sistencia a un corral (Gaza) del que las personas no pueden salir, se puede calificar eso de genocidio. Aunque pudieran salir, creo que aún se podría seguir calificándolo de genocidio. Tal vez podrías mirar cuál es la definición de genocidio en derecho internacional. Ahora mismo no la recuerdo. Espero que mejoraré mi forma de ilustrar todo lo que te explico. No me gusta usar todas esas palabras ampulosas. Creo que ya lo sabes. Valoro mucho las palabras. Intento de veras ilustrar y dejar que la gente saque sus propias conclusiones.

En cualquier caso, estoy divagando. Sólo quería escribirle a mi madre y decirle que estoy asistiendo a este genocidio crónico e insidioso, que estoy realmente asustada y que me estoy cuestionando la creencia fundamental en la bondad de la naturaleza humana. Esto tiene que acabar. Creo que sería una buena idea que todos lo dejáramos todo y dedicáramos la vida a parar esto. No creo ya que hacer eso fuera una cosa extremista. Todavía quiero, de verdad, bailar por ahí a Pat Benatar, tener novios y dibujar cómics para mis compañeros de trabajo. Pero también quiero que esto se acabe. Es horror y falta de fe lo que siento. Desengaño. Estoy desengañada por el hecho de que esto sea la realidad fundamental de nuestro mundo y de que nosotros, de hecho, estemos participando. Esto no es en absoluto lo que yo pedí al llegar al mundo. No es en absoluto lo que la gente de aquí pidió al llegar al mundo. Este no es el mundo que papá y tú queráis para mí cuando decidisteis tenerme. No es a esto a lo que me refería cuando clavé la mirada en Capital Lake y dije: «Esto es el ancho mundo, y yo vengo a él.» No me refería a que venía a un mundo en el que podría vivir una vida cómoda y, posiblemente, sin esfuerzos, a una existencia sin conciencia alguna de estar participando en un genocidio. Se oyen más explosiones fuertes en la distancia, en algún lugar de ahí fuera.

Cuando vuelva de Palestina probablemente tenga pesadillas y me sienta constantemente culpable por no estar aquí, pero todo eso lo podré canalizar para trabajar más. Venir aquí es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida. Así pues, cuando te parezca que mis palabras suenan como las de una loca, o si los soldados israelíes acabaran con su tendencia racista de no herir a los blancos, por favor, échale la culpa al hecho de que me encuentre en medio de un genocidio al que, indirectamente, estoy dando mi apoyo y del que mi gobierno es en gran medida responsable.

Os quiero a ti y a papá. Perdón por la diatriba. Vale. Unos extraños que tengo al lado acaban de darme unos guisantes, así que tengo que comer y darles las gracias.

28 de febrero de 2003

(A su madre)

Gracias, mamá, por la respuesta a mi *e-mail* De verdad que me ayuda saber de ti y de las demás personas que se preocupan por mí.

Después de escribirte estuve unas 10 horas incomunicada de mi grupo de afinidad, tiempo que pasé con una familia en la línea de vanguardia en Hi Salam. Me invitaron a comer y tenían televisión por cable. Las dos habitaciones de delante de la casa son inutilizables porque las balas han atravesado las paredes, por lo que toda la familia —tres hijos y los dos padres— duermen en la habitación de matrimonio. Yo dormí en el suelo al lado de la hija pequeña, Iman, y todos compartimos las mismas mantas. Ayudé un poco al hijo con los deberes de inglés y vimos todos juntos *Cementerio viviente*,* una película horrible. Creo que todos encontraron bastante extraño que tuviera tantos problemas en verla. Aquí el día de fiesta es el viernes y, cuando me levanté, estaban todos mirando *Los osos Gummi* doblados en árabe. Así que desayuné con ellos, me senté allí un rato y disfruté del hecho de estar sobre ese gran montón de mantas con esa familia mirando lo que parecían los dibujos animados de los sábados por la mañana. Después fui andando hasta B'razil, que es donde viven Nidal, Mansur, la abuela, Rafat y el resto de la gran familia que me ha adoptado de todo corazón. (Por cierto, el otro día la abuela me dio una buena bronca acompañándose de gestos, con muchos soplidos y señalándose el chal negro. Le pedí a Nidal que le dijera que a mi madre le gustaría saber que hay alguien aquí que me da la bronca y me dice que si fumo se me pondrán los pulmones negros.) Conocí a su cuñada, que vino de visita desde el campamento de Nusserat, y estuve jugando con su bebé.

El inglés de Nidal mejora día a día. Nidal es el que me llama «hermana mía». Ha empezado a enseñarle a la abuela a decir «hola, ¿cómo estás?» en inglés. En todo momento se pueden oír pasar los tanques y las excavadoras, pero toda esta gente son verdaderamente alegres entre sí, y conmigo. Cuando estoy con amigos palestinos, suelo estar menos asustada que cuando intento actuar en calidad de observadora de los derechos humanos, documentalista o resistente de acción directa. Son un buen ejemplo de cómo hay que comportarse para pasar así largo tiempo. Sé que la situación los afecta —y es posible que termine por acabar con ellos— en todo tipo de niveles y, sin embargo, me deja perpleja su fuerza para defender su grado tan ele-

* En inglés, *Pet Semetary*, basada en la novela de Stephen King *Cementerio de animales* [T.]

vado de humanidad —la risa, la generosidad, los ratos con la familia— frente al increíble horror que está teniendo lugar en sus vidas y frente a la constante presencia de la muerte. Me siento mucho mejor después de esta mañana. He pasado mucho tiempo escribiendo sobre el desengaño que provoca descubrir, en cierto modo de primera mano, el grado de maldad del que seguimos siendo capaces. Debería mencionar, al menos, que también estoy descubriendo un grado de fuerza y de capacidad básica de los humanos para seguir siendo humanos en las peores circunstancias, lo cual es algo que tampoco había visto antes. Creo que la palabra es dignidad. Ojalá pudieras conocer a estas personas. Esperemos que tal vez algún día los puedas conocer.

Rachel